CINCUENTA ANIVERSARIO DE LA CREACION DEL ALFEREZ PROVISIONAL

1936 - 1986

SANTA CRUZ DEL VALLE DE LOS CAIDOS



18 - 19 de Octubre, 1986

ORIGEN DEL ALFEREZ PROVISIONAL

Boletín Oficial de la Junta de Defensa de España
Presidencia de la Junta de Defensa Nacional

Decreto núm. 94

La necesidad de que a todos los Mandos lleguen los verdaderamente capacitados para su ejercicio, obliga a seleccionar y a formar los que han de ejercerlos, de un modo rápido y eficaz y sin que la concesión provisional de que se trata pueda servir de base a reclamaciones posteriores de derecho. La formación y selección ha de ser: rápida, para remediar a tiempo la escasez de mandos que se siente; eficaz, para dotar al Ejército de Mandos verdaderamente eficientes, circunstancia ésta que lleva consigo el romper momentáneamente con ciertos moldes reglamentarios que no son adaptables a las necesidades del momento.

Nada de ello implica, sin embargo, una alteración radical en la constitución interna del Ejército, toda vez que las medidas que se proponen sólo tienen una efectividad provisional, dejando con ello al Gobierno Nacional con entera libertad y amplitud para modelar el funcionamiento futuro de nuestro Ejército.

Fundado en las consideraciones que preceden, como Presidente de la Junta de Defensa Nacional y de acuerdo con ésta, vengo a decretar:

Primero. – Se concederá el desempeño del cargo correspondiente al empleo de Alférez, al Cuerpo de Suboficiales, clases de tropa y soldados de los Regimientos de Infantería y Artillería e individuos de milicias militarizadas, presentes en filas, que reunan las condiciones siguientes:

a) Tener un título académico u oficial, entendiéndose por tal y como mínimo el de Bachiller, y estando comprendidos en ellos, a título de ejemplo, los de Maestro, Perito, Aparejador, etc., y los de las distintas carreras del Estado.

b) Haber desmostrado sus aptitudes en el curso preparatorio a que han de ser sometidos los comprendidos en el apartado anterior.

c) El curso de aptitud tendrá una duración de quince días y las

enseñanzas a dar en él serán eminentemente prácticas y relacionadas con el Mando de la Sección en campaña.

d) Para asistir al curso a que se refiere la regla anterior, será condición necesaria, además de la mencionada en el apartado a), la de haber cumplido veinte años de edad, sin pasar de treinta, y reunir condiciones físicas adecuadas para el desempeño de su cometido.

e) Los que resultaren aptos en el curso de aptitud, serán propuestos por sus Jefes respectivos para el desempeño del cometido de Alférez y Mando de Sección, a los Generales Jefes de los Ejércitos de operaciones, quienes autorizarán tales nombramientos.

f) Una vez obtenido el nombramiento correspondiente, serán destinados para el desempeño de su nuevo cometido, dentro del Ejército a Unidades a ser posible distintas del Cuerpo de procedencia.

Segundo. – Durante el tiempo que desempeñen este cargo de Alférez, devengarán el sueldo correspondiente a dicho empleo.

Tercero. – Para el desarrollo del curso que prefija el apartado c) de la regla anterior, se organiza una escuela en Burgos y otra en Sevilla.

A la primera asistirá el personal perteneciente a las Unidades del Ejército del Norte y zona a éste asignada; a la segunda los de las restantes Unidades.

Cuarto. – La dirección y constitución del núcleo encargado de la enseñanza, así como el régimen que ha de observarse en estos Centros, se acomodará a las instrucciones que dicten los generales de las Divisiones sexta y segunda respectivamente.

Quinto. – El número de alumnos que tome parte en cada período de instrucción, no excederá de doscientos cincuenta, y para ello los Jefes de los Cuerpos y Unidades remitirán directamente relación de los aspirantes de las suyas respectivas al general de la División en que esté enclavada la Academia correspondiente, quien determinará en consecuencia el número que de cada Cuerpo ha de asistir a los períodos sucesivos.

El orden de prelación para la designación, será de mayor a menor categoría, a igualdad de empleo de mayor a menor suma de méritos escolares, y en último extremo de mayor a menor edad.

Sexto. – (Se refiere a la habilitación para mandos superiores).

Séptimo. – El desempeño de los empleos citados en los números anteriores no dará derecho al percibo de haberes y gratificaciones extraordinarias, pero serán inherentes a los mismos, los derechos, prerrogativas y obligaciones que estatuyen el Código de Justicia Militar y las Ordenanzas.

Octavo. – El distintivo de cargo que se desempeñe le hará ostensible en una tira de tela de color negro y dimensiones de siete por trece centímetros en la que se colocarán las divisas respectivas y se unirá al uniforme en el costado izquierdo de la guerrera y a la altura del segundo botón superior de la misma, conservando en todas las prendas las divisas del empleo que se disfrute.

Noveno. – Cuando el Gobierno Nacional lo estimare oportuno, los Jefes y Oficiales asi promovidos cesarán en el desempeño de sus cometidos, reintegrándose al empleo que disfrutan en propiedad.

Dado en Burgos a cuatro de septiembre de mil novecientos treinta y seis. – MIGUEL CABANELLAS.

CONVOCATORIA A TODOS LOS ALFERECES PROVISIONALES

A todos os convocamos para celebrar el Cincuentenario de aquella ya lejana fecha en la que recibimos la estrella sobre fondo negro, entonces emblema del empleo de alférez y hoy símbolo y testimonio de nuestro espíritu y de nuestra fe.

A todos os convoco para dar gracias a Dios en ese lugar de significación viva, que es el Valle de los Caídos, en el que dejó grabado en priedra su fundador, el Generalísimo Franco, la idea de la reconciliación que habría de presidir el futuro de la Patria.

Con este pensamiento tenemos que hacer frente a ese otro de revancha que algunos sectores en España pretenden renovar, deformando la historia y su verdad.

Os convoco también para que roguemos juntos por tantos compañeros nuestros que ofrecieron su vida heroicamente y sin egoismos para la salvación de España. Pidamos unidos con ellos, que estarán gozando de la paz del Señor, por esta España a la que siempre queremos servir a fin de que continúe el camino de paz y convivencia que la conduzca hacia la grandeza y libertad que forjó su historia en una legítima unidad plural. Pidamos también por todos, los que estuvieron a nuestro lado y los que estuvieron enfrente.

¡Venid al Valle de los Caídos con vuestras familias! El día 18, de once a doce de la noche, se celebrará una Hora Santa dirigida por el P. Luis M.ª Mendizábal en la Basílica. El día 19, a las doce horas, será celebrada por el Padre Val, Capellán Legionario, Medalla Militar Individual, una Misa solemne concelebrada con cuantos Capellanes quieran acudir.

A continuación renovaremos el juramento a la Bandera junto a los familiares que deseen hacerlo, para reafirmar nuestros ideales y la fe que simboliza la estrella sobre fondo negro: mensaje luminoso para este mundo oscuro y confuso, en tantas formas desgarrado y que sólo se puede salvar por lo que simboliza la estrella. Cuanto más oscura sea la noche, mejor se ven las estrellas si levantamos la vista para contemplarlas. Y así, sobre este fondo turbio de materialismos y secularismos estremecedores, no dejemos de elevar los ojos a la estrella de la fe salvadora. Del mismo modo, en otras circunstancias históricas, también otros españoles miraron al cielo y superaron las horas aciagas con un amanecer límpi-

do y despejado.

Posteriormente nos reuniremos en una comida de hermandad para reavivar nuestra vieja amistad y camaradería.

Hasta el día 18 en que confío nos encontremos en el Valle.

A. M.ª de Oriol
Presidente de la Hermandad Nacional
de Alféreces Provisionales

NOTA: (Publicado el dia 12 de octubre de 1986 en El Alcázar, el YA y el ABC).

CLAUSURA DE LA XXVIII ASAMBLEA

Palabras del presidente de la Hermandad Nacional

Me corresponde ahora a mi clausurar esta XXVIII Asamblea de nuestra Hermandad. Queda marcada por dos hechos distintos que pueden considerarse contradictorios. Uno, la celebración de nuestro Cincuentenario. Esta es una realidad en la que nos estamos moviendo. Otro, el desgraciado y lamentable acuerdo que ha sido preciso adoptar en relación con la Junta Provincial de Madrid de nuestra Hermandad. Quiero decirte (contestación a un compañero que consideraba inoportuno e improcedente haberlo traído a esta Asamblea) que no lo hemos traído nosotros, porque hemos procurado evitarlo. Pero que ante las decisiones de la Junta Nacional, la Hermandad Provincial de Madrid insistió en apelar a la Asamblea la resolución del conflicto.

A este segundo hecho, ya resuelto, no voy a dedicar más palabras. Posiblemente han sido demasiadas las que hasta ahora hemos utilizado. Ahora espero confiadamente que ese conflicto quede ya superado por un verdadero espíritu de hermandad, como no hace mucho algún compañero lo ha recordado. Siempre debe reinar entre nosotros y así contribuir a la unidad evidentemente difícil a la que esta Hermandad sirvió desde el principio, aglutinando y agrupando a quienes de procedencias muy diversas, se entregaron al servicio de España a las órdenes del Ejército. Espero que esa unidad interna contribuya eficazmente en el futuro a esa otra unidad superior de nuestra Patria, dentro de la diversidad que en toda su historia la cualifica. Adelante pues en nuestra tarea y no volvamos ya a mirar atrás, sino que sólo proyectemos nuestra acción hacia el futuro.

Sabéis que ni soy orador ni tengo esa elocuencia de la que algunos compañeros hacen gala y que yo sinceramente admiro y envidio. Pero así son las cosas y tenéis que tener paciencia conmigo.

Mis primeros ensayos oratorios no los puedo olvidar porque tuvieron lugar cuando parecía necesario arengar a los hombres, que tuve el honor de mandar, para lanzarme con ellos a cumplir la misión que el mando nos asignara, sin tener en cuenta el riesgo de

muerte que pudiéramos correr. En aquella circunstancia, sencillamente me limitaba a decir lo que sentia y cuál era nuestro deber. Eso es lo que voy a procurar hacer ahora. Y por eso yo no voy a pronunciar un discurso con la solemnidad y el aparato oratorio que esto supone y exige. Me voy a limitar a hacer algunas consideraciones que puedan ayudarnos sencillamente a cumplir con nuestro deber, que creo que es lo importante.

Quiere decir que no voy a dedicar una sola palabra a la crítica de nuestro contorno. Lo conocemos bien, puede que demasiado bien y no hace falta hablar más del mismo. Es como es, es un desbarajuste, como decia Emilio Romero hace unos días y dentro de él hay muchas cosas que nos sublevan. Pero el problema no está ahí. Si se definia al hombre como «el hombre y su circunstancia», yo daria a esta frase otro giro: el hombre y su actitud ante la circunstancia.

LA VERDAD DEL 18 DE JULIO. En este año 86, se ha destacado repetidas veces que se celebraba el Cincuentenario del 18 de julio, mencionándolo como un hecho aislado y como la fecha en que se dio comienzo a una guerra entre hermanos.

Esto da lugar a un error que es preciso combatir con perseverancia y tenacidad. Ahí tenemos una parte de nuestra misión. Porque la guerra comezó entre los españoles el 4 de octubre de 1934, aunque un determinado sector de los españoles que se dejaron llevar por los impulsos de Komintern, quieren confundir y deformar estos hechos.

Se acaba de encontrar un documento valioso, que es un manuscrito del Caudillo, en el que afirma esto mismo: la guerra comenzó el 4 de octubre de 1934. Entonces, sigue diciendo Franco, fui llamado por el Gobierno de la República para resolver aquella situación creada por la revolución en toda España, pero que tuvo especial relevancia en Asturias y en Cataluña. Más adelante afirma que la situación podia haber quedado resuelta el 17 de febrero de 1936 por el Gobierno de la República, pero para ello tenia que haberle hecho caso cuando él encareció al Presidente que debia declarar el estado de guerra para evitar la catástrofe que una clara desviación y manipulación de las elecciones iba a producir. No se le hizo caso y por eso tuvo que lanzar desde Tenerife aquel famoso «basta» que suponia enfrentarse con la revolución que se proponia nada más ni nada menos que la sovietización de España, aunque ésto no quisiera verse por las autoridades del Gobierno de la República, pero que luego pudieron constatarlo a lo largo de toda la contienda y así, uno de sus más destacados personajes Claudio Sánchez de Albornoz pudo afirmar, que si ganaran los

que en alguna manera consideraba suyos, tendría que emigrar de España.

En unas declaraciones al ABC de Sevilla del 19 de febrero de 1937, Franco afirma que «No es el Ejército el que ha hecho sólo el levantamiento». No es un movimiento militarista y prueba de ello es el respaldo popular que apoyó aquella decisión.

Los sectores contrarios se han dedicado y se están dedicando a deformar y confundir la historia para que las nuevas generaciones vean en el 18 de julio una fecha en que se inició una guerra por el afán de alcanzar el poder una oligarquía prepotente o un ejército con afán de mando.

Sabemos que entonces éramos nosotros jóvenes pletóricos de salud, energía y entusiasmo, y en esas condiciones nos pusimos a las órdenes del Ejército para evitar que pudiera España quedar entregada a la tiranía a la que otros países del Este están actualmente sometidos.

Pero, nada valdría la acción sin una idea alentadora y propulsora, y ésta es la que a lo largo del tiempo vino desarrollando y concretando el Caudillo y a la que queremos servir sin duda alguna con la mayor fidelidad y lealtad.

Aquella guerra, como decía Hilaire Belloc en un artículo publicado en el «The Universe», en el que afirma rotundamente: «La guerra civil española es una guerra religiosa: esa es la característica esencial de toda la cuestión... Esto es lo que tenemos que hacer comprender, es lo que tenemos que hacer cambiar a un público que salvo lo que sabe a través de nosotros, no oye más que falsedades».

La actitud de cada uno de los bandos a la hora de utilizar los servicios de los periodistas, fue muy distinta, pues mientras los rojos manejaron a la perfección este arma, sus contrarios no le dieron demasiada importancia, o dándosela, no supieron emplearla adecuadamente.

Otro periodista inglés, el legionario Lenken, afirma que la actitud del Ejército Nacional contrastaba fuertemente con la de los republicanos «cuyos servicios de prensa y propaganda eran tan superiores a los nacionales como inferiores eran sus servicios combatientes, esforzándose en dar a periodistas y escritores cuantas facilidades requieran», y así «gastaban sumas enormes en propagandas en el extranjero».

Hay que combatir insistentemente la desinformación que ahora tenemos que sufrir. Disponen de todos los medios informativos quienes pretenden deformar la historia, como por ejemplo estamos

viendo estos días en relación con la Brigada Lincoln, y en cambio nosotros carecemos de estos medios.

Por ello nuestra actitud, que es a lo que voy, es la de estar en guardia y procurar cada uno, en la medida que pueda, ayudar al conocimiento de la verdad.

En la Revista «Razón Española», que no sé si conoceréis, en el núm. 18, julio-agosto del 86, hay un artículo de D. Federico Suárez, –que no es Luis Suárez el que nos va a hablar–, titulado «El carácter de la guerra de España», que muchos al leerlo, pueden pensar que ellos ya se lo saben. Pero creo que bien merecia la pena que lo leyeran para aumentar la información que cada uno tenga y así estar mejor preparados en esa lucha en defensa de la verdad.

La famosa y tan discutida carta colectiva del Episcopado del 1.º de Julio de 1937, –y digo discutida por la interpretación que algunos quieren darla en estos momentos, olvidando las circunstancias en que ésta fue redactada–, declaraba explícitamente el dolor que les producía «el desconocimiento de la verdad de lo que en España ocurre». Y más adelante afirmaban que sobre todo les dolía «que buena parte de la prensa católica extranjera haya contribuido a esta desviación mental». Este es un tema que sin duda alguna permitiría ocupar mucho más tiempo del que hoy dispongo. Basta con apuntarlo para que se pueda tener en cuenta a la hora de defender la verdad.

Pero lo que vuelvo a insistir es en que conviene que conozcáis estas publicaciones que redactan estos trabajos y no dejéis así de utilizarlas y apoyarlas.

Posiblemente si yo os preguntara cuántos de vosotros conocéis el trabajo de Ramón Salas sobre la destrucción de Guernica, muy pocos me podríais decir que lo habéis leído, muy pocos. (Se advierte que levanten la mano quienes lo hayan leído). Desgraciadamente veo que aquí hay sólo doce. No me diréis que este número entre tantos que estáis aquí resulta consolador. Y ese es un trabajo que indudablemente contribuye de una manera definitiva a demostrar todas las falsedades que alrededor de este hecho se han ido estableciendo. Vuelvo a insistir: la lucha por la verdad y entre todos podemos contribuir a ella.

AÑO DE LA PAZ. Hay otra circunstancia en este Cincuentenario que creo conveniente destacar, y es que coincide con la celebración del Año de la Paz en el que el Papa Juan Pablo II tanto empeño está poniendo para que la humanidad tome conciencia de lo que este valor supone.

Ya sabemos que la paz no es un entreguismo sistemático y también sabemos que una vez conseguida no se mantiene por sí

sola, y lo que hace falta es combatir por ella todos los días y a todas las horas, a fin de que, desde los individuos a través de las familias y las colectividades en que cada uno se encuentre, se procure servir a esta finalidad sin descanso.

Nos encontramos, como se advierte en la convocatoria publicada –que supongo que si no todos, bastantes de vosotros conoceréis–, en un mundo totalmente materializado y secularizado que no encuentra su camino porque se aleja de lo que puede conducirlo a la paz verdadera. Como dice el Cardenal D. Marcelo, el olvido de lo sagrado supone una sociedad a la deriva. En la convocatoria se afirma que la única salida es la fe, para nosotros representada en esta estrella sobre fondo negro. «Cuanto la noche es más oscura, mejor se ven las estrellas». Los que andáis por el campo o recordáis los tiempos en que andábamos por él, podéis afirmar que ésto es cierto y es real. Pero para eso hay que levantar la mirada para verlas.

Esto es lo que luego, en la Hora Santa vamos a meditar y donde vamos a tener ocasión también de pedir luz para que sepamos vivir ese espíritu de fe que apoya la esperanza segura de estar en el camino de la salvación.

Es cierto que la técnica avanzó en estos cincuenta años a pasos agigantados. La informática, con toda la serie de instrumentos que lleva consigo, parece ofrecer un mundo tecnificado que todo lo resuelve, pero sabemos que por mucho que avance ese mundo tecnificado, hay una trascendencia espiritual que no se puede olvidar. ¿Recordáis aquella frase de «unir lo nacional con lo social bajo el imperio de lo espiritual»? No es ésta una frase vacía y sin sentido, sino que indica una actitud en la vida que hemos de mantener. Vuelvo a hacer hincapié en esta idea de la actitud en que nosotros podemos actuar. Afirmémonos en ella sin complejos ni cobardías porque de ahí es de donde puede salir la verdadera salvación de la Patria.

SENTIDO DE LA VICTORIA. SERVICIO A LA UNIDAD. Hay por último otro punto en el que quiero insistir. EL 1.º de abril de 1939, no fue la victoria de unos españoles sobre otros, como Franco nos lo recordó repetidamente, sino la victoria de España entera sobre el intento de esclavizarla.

Como prueba de la existencia de aquellos planes revolucionarios, hay unas declaraciones de un dirigente anarquista que son evidentemente muy expresivas. Decía él que: «hay que decir las cosas tal como son, y la verdad no es otra que la de que los militares se nos adelantaron para evitar que llegáramos a desencadenar la revolución».

Es por lo tanto victoria de España y de todos los españoles, incluyendo en estos a todos tanto los de un lado como a los de otro. Esta era la idea reiterada por Franco y esta es la idea que manifestó cuando prohibió la incorporación a las filas nacionales del Conde de Barcelona, afirmando que no podía ser partícipe en un sólo lado de la contienda, porque si el día de mañana pudiera venir, etc., –aquella forma en que él siempre hacia referencia al futuro–, habría de ser el Rey de todos los españoles.

Este es un problema evidentemente difícil, porque nosotros podemos quererlo pero los contrarios pueden mantenerse en actitud opuesta. Pero eso no justifica el olvidarnos de este planteamiento de la unidad que tenía también aquella expresión que a mí me ha parecido siempre muy conveniente recordar de «la unidad de las tierras y los hombres de España».

Por eso, en este desbarajuste que ya antes cité como característico de nuestra época y de nuestro tiempo, nuestro esfuerzo debe orientarse a promover la unidad con todo lo que esto supone de dificultad y para ello tenemos que empezar en promover la unidad en nuestra propia casa para así, desde ella, contribuir a la integración de todos los españoles en esa otra unidad superior que es nuestra Patria.

En este servicio es en el que podemos actuar de forma individual y colectiva para ser ejemplo y estímulo de nuevas generaciones a las que no podemos dictar lo que deben hacer, sino que son ellas las que vean lo que de bueno tiene aquel espíritu para actuar con él en la forma que considere conveniente.

Nuestra influencia no está en función de las grandes declaraciones retóricas que podamos hacer, sino de nuestra actitud ejemplar, con serena firmeza, eficaz ayuda a la difusión y conocimiento de los ideales en los que se apoya nuestra fidelidad permanente y sin fisura alguna.

En las últimas declaraciones del Caudillo el 4 de julio de 1974 –fijaros que ya desgraciadamente le quedaba poco tiempo de vida–, afirmaba al término de las mismas, dirigiéndose a esas nuevas generaciones: «De ustedes es ya toda la responsabilidad». Esto es lo que hace cincuenta años nos correspondió a nosotros. Entonces no hicimos nada de particular que nos deba servir de vanagloria egoísta, solamente cumplimos con nuestro deber y esa satisfacción del deber cumplido es lo que ha de darnos la serena firmeza para contribuir por nuestra parte a esa unidad, neutralizando a los demonios familiares de los que tantas veces nos advirtió el Caudillo, como la radicalización, el enfrentamiento mutuo, etc. etc...

Conservemos siempre el mensaje que nos dejó en sus últimos momentos, testamento que debiéramos tener siempre presente porque estoy seguro y plenamente convencido, que si por nuestra parte sabemos responder a él, cumpliremos con ese propio honor y espíritu que debe informar la actuación de quienes un dia tuvimos el honor de ser Oficiales del Ejército y hoy ya, con cincuenta años más a la espalda, pero siempre atentos a servir a España. ¡Viva España!

«LA VOCACION POLITICA DEL ALFEREZ PROVISIONAL»

Conferencia pronunciada por el Excmo. Sr. D. Luis Suárez Fernández

Cuando fui invitado a pronunciar esta noche unas palabras que fuesen como la evocación política de lo que en unos años vitales constituyó el movimiento de los alféreces provisionales dentro del Movimiento Nacional, me pregunté a mí mismo qué títulos podían asistirme para llevar a cabo con osadía una tarea semejante. No tuve duda, porque yo pertenezco a la generación siguientes, la de aquellos que en otro momento, también de peligro, fuimos alféreces eventuales de la Milicia Universitaria. Y cuando estábamos por los caminos del Pirineo vigilando el tránsito de aquellos «liberadores» que Santiago Carrillo nos mandaba, nuestra preocupación fundamental, sintiéndonos los hombres de la segunda generación, era ser dignos del ejemplo que acabámos de recibir apenas cinco años antes a través de una guerra que había sido una cruzada. El modelo no fue el resultado de ninguna profesión. Los alféreces provisionales, como militares, no eran más que eso, provisionales, es decir, improvisados, pero aportaron en cambio un valor no ocasional. Pues un ejército se compone fundamentalmente de dos elementos, no de uno sólo, y cuando una falta, deja de ser ejército para convertirse simplemente en la fuerza coercitiva que las constituciones modernas llaman Fuerzas Armadas. Hay un elemento profesional sin duda alguna, pero hay, sobre todo, un elemento vocacional, y la vocación aporta lo que es más importante: los ideales.

Lo ocurrido en 1936 fue precisamente eso; que un grupo de hombres jóvenes aparecieron movidos por un ideal, y en el transcurso de muy poco tiempo demostraron hasta qué punto la vocación era un ingrediente muy superior a la profesionalidad a la hora de convertirse en un Ejército. La experiencia demostró sobre todo que la fuerza íntima de aquellos hombres jóvenes tenían, era capaz de obtener la victoria, esa victoria que sin duda alguna fue obra vuestra. Me diréis: había un jefe. Ciertamente, pero también ese jefe llevaba dentro de sí la vocación, el ideal, el servicio a la Patria y por esa razón fue posible que se estableciera un acuerdo íntimo

entre aquéllos que mandaban y aquéllos que obedecían. Por eso, mientras el enemigo, con mucho más dinero, con mucho más material, con mucha más ayuda exterior se desintegraba rápidamente, el ejército de Franco iba adquiriendo la savia joven que penetraba por sus venas y se recomponía y al final, el año 39, era una fuerza de acción formidable que nadie hubiera sido capaz de resistir.

Cuando se estudia, y también hay que estudiar estadísticamente la historia, el resultado de nuestra guerra, para una historiador, como yo que lo soy de profesión, un aspecto llama la atención y casi resulta paradógico: el escaso número de bajas que entre los alféreces provisionales se produjeron en España si se compara con las pérdidas porcentuales de otros ejércitos en la Segunda Guerra Mundial. Un cinco o seis por ciento de bajas, cuando el ejército ruso tuvo más de un veinte por ciento de muertes de oficiales en aquella contienda, indica claramente que la vocación es capaz también de adquirir la segunda parte que es la profesionalidad. ¿Qué ideales eran éstos?

Yo no voy a hacer ahora más que una evocación. Sería absurdo por mi parte tratar de describir a cada uno de vosotros lo que entonces fuisteis, aquello por lo cual luchásteis; pero sí conviene que en la altura de 1986, cuando tantas cosas malas se han producido, y algunas buenas como luego veremos, la conciencia vuelve a nosotros para reflejar qué ocurría. Pues lo que ocurría era ni más ni menos que se estaba desintegrando España. No la Nación española solamente, no el Estado Español. Aunque esto fuera mucho, no constituía sino el revestimiento material de algo más importante: se estaba perdiendo el ser de España. Y acudo a un testimonio inédito todavía, que es el que emerge desde los propios papeles manuscritos del Generalísimo Franco. Es un momento determinado Franco escribe: «La Guerra Civil Española comenzó el 4 de octubre de 1934, cuando se intentó por primera vez el golpe comunista». Y luego, en otro párrafo añade: «Discutían algunos de los Generales comprometidos con el Alzamiento, si se debería ir a la institución de la Monarquía o se debía defender la República y yo intervine –y habla por única vez en primera persona y no para publicarlo sino como unas notas para la posteridad– para decir, ni lo uno ni lo otro, vamos a ir al Alzamiento por España». Y así se hizo. De otra manera no se explicaría en modo alguno el éxito que el llamamiento obtuvo cuando se pidió a tantos millares de jóvenes que acudiesen a las improvisadas Escuelas Militares para convertirse en los cuerpos de base de la oficialidad del Ejército y establecer una estructura mínima que diese a ese mismo Ejército los resortes fundamentales para llevar a cabo la victoria. Por eso, el resultado de

esta operación, el resultado de este movimiento dentro del Movimiento no podía ser otro que la aceptación de unos principios fundamentales, de unos principios básicos que estaban ahí, vigentes, mucho antes de que en 1959 Franco los proclamara. Por eso también los principios nunca fueron objeto de debate de ningún organismo: se recordó simplemente a la Nación que comenzaba a adormecerse, lo que había sido el esquema fundamental de la gran operación emprendida el año 1936 para salvar a España.

España, una Nación sin duda, una entidad política también, un territorio, cierto, una comunidad humana, si, sí, pero todo eso no es otra cosa sino la plataforma para algo más; y ese algo más, que dá legitimidad de todo el Movimiento, fué la Patria. La Patria no corre el peligro de identificarse con lo que es el suelo nacional, con lo que es el paisaje, con lo que es una determinada circunstancia política, porque está por encima de todo eso. Patria no significa otra cosa sino filiación, es decir, patrimonio. El patrimonio no pertenece a la materia, pertenece al espíritu y el espíritu sólo es de Dios. No era ningún gesto convencional decir entonces que los hombres se habían movido a luchar por Dios y por España, porque sin el uno, probablemente tampoco existiría la otra.

Un patrimonio es como un tesoro que pertenece al mundo del espíritu y en el que entran dos elementos absolutamente sustanciales al mismo, de tal manera que no pueden faltar ambos: uno es el pasado, y otro el futuro. El pasado es resultado de unos hechos, de unas acciones, de una lenta construcción a través de los siglos en donde cada generación ha venido aportando una parte para la acumulación del acerbo común que todos tenemos. Eso es lo que constituye cultura en el sentido extricto. La cultura del hombre no es una cantidad que se posee; no es tampoco una manifestación estética; es un orden de valores ante el mundo, ante la vida y ante el prójimo y eso no se construye, se hereda, y en la finalidad a esa herencia, a ese modo de ser está la recepción del patrimonio, está la aceptación del patriotismo. Pero también es un futuro porque nada de esto serviría y se convertiría indudablemente en un inmovilismo intolerable si los hombres y las mujeres que han recibido, aceptan y aman este patrimonio, no lo consideran como una especie de dardo que se proyecta hacia el porvenir, eso es lo que uno de nuestros más importantes pensadores políticos de nuestros tiempos, José Antonio Primo de Rivera, explicó con absoluta claridad cuando dijo que la Patria es la «unidad de destino en lo universal», y si recordáis bien éste es uno de los vocablos fundamentales que Franco incorpora a los principios del Movimiento. Unidad de destino en lo universal, que no es otra cosa que el reflejo de la

verdadera conciencia de la libertad. Yo he recibido una herencia con todo lo que esto significa, la acepto, la abrazo, la amo y libremente, ejerciendo ahora mi iniciativa, trato de que este patrimonio se proyecte al futuro porque tengo la conciencia de que debo dejar a las generaciones que vengan detrás de mí no sólo lo que he recibido sino también el acrecentamiento del patrimonio que las generaciones futuras tienen derecho a esperar de mí. Y si no lo hago así seré un mal nacido.

¿Qué ocurre cuando falta esta recepción? ¿Qué ocurre cuando al olvidar el pasado se olvida también el proyecto hacia el porvenir? Un gran historiador del siglo XIX, Jacobo Burckhardt lo dijo claramente. Escribiendo hacia 1880, llegó a decir: «En un caso semejante los pueblos se mueren irremisiblemente». Y ahora, nosotros, los hombres de 1986, tenemos la preocupación angustiosa de que efectivamente síntomas y signos de muerte están acechando detrás de esa ruptura que contemplamos en nuestros días. De ahí la anticultura. Presentar a Madrid como culminación de una desvergüenza, la «movida», no es otra cosa que la demostración de que se ha roto algo íntimo en el ser humano y estamos caminando rápidamente hacia el abismo.

Lo más admirable de aquel Movimiento que empujó a tantos jóvenes que políticamente pensaban de formas muy distintas –porque no se trataba de servir a un partido sino, como Franco dijera, de servir a España por encima de las acciones de determinadas opciones políticas– lo admirable de aquel Movimiento del año 36, y esto puede decirse precisamente en este recinto de reconciliación, es que no se luchaba contra los otros, sino para construir una patria en la cual todos, también aquellos que pugnaban por destruirla, tuviesen un día cabida. Por eso, todo aquello se hizo sin odio y sin rencor. Por eso el gran monumento de la época es precisamente este Valle: allí en donde –esta fue la mente del Caudillo– pudieran encontrarse los hombres unos con otros en el lugar en que se dicen las verdades supremas más allá del tiempo, más allá de la vida, en presencia de Dios.

Franco lo sabía muy bien. Y no me resisto a introducir aquí una anécdota que quizás muchos de vosotros me hayáis oído contar. En una de las dos entrevistas de Las Cabezas, el Conde de Barcelona, D. Juan de Borbón, se quejó de que los restos de José Antonio estuviesen enterrados en El Escorial, panteón de Reyes. Y Franco le dijo: «Han informado mal a Vuestra Alteza, que no está en el panteón de Reyes, sino en la nave central, frente al altar mayor, que es sitio más importante». Así se entiende por qué ahora, frente a frente, los restos de José Antonio y de Franco custo-

dian el altar de la Basílica del Valle de los Caídos. Franco sabia que cada jornada, a las once de la mañana, el Señor, Dios, vendría sobre el altar y aunque él no estuviera ya vivo, sus restos estarían siempre presentes.

Tenemos que volver sobre un punto que al principio apuntaba. El movimiento de los alféreces provisionales fue un movimiento singular del cual no encontramos parangón en ninguna parte, porque, si bien es cierto que en todas las ocasiones en que se produce una guerra y sobre todo una guerra interior, las fuerzas en presencia tratan de crear su propia oficialidad, lo hacen a través de los grupos o de las fuerzas políticas, eso ocurrió ciertamente en la zona roja, en donde milicias anarquistas, socialistas, comunistas, cenetistas, etc. estaban apareciendo en todas partes. Los alféreces provisionales no surgieron a través de ninguna fuerza politica sino única y exclusivamente a través del Ejército. Y éste fue un movimiento por así decir, de objetivación, porque sólo el Ejército podía actuar como el gran educador en ese momento. Curiosamente, los jóvenes oficiales provisionales que venían con su único bagaje de una vocación a la defensa de España, que se estaba desintegrando, también influyeron en el Ejército y le transformaron. Aquel Ejército roto en dos el 18 de Julio del 36, se convirtió en el curso de muy pocos meses en uno nuevo en donde todos los valores del patriotismo actuaban a través de la vocación de jóvenes que venían de fuera para apuntalar y para en determinados casos sostener el espíritu de los que aportaban en cambio el valor altísimo de la profesionalidad. Y esa vocación traía dos cosas fundamentales. Una, que procedía de las viejas raíces del pasado y que en el hombre español era instintivo, aunque ahora por desgracia se haya perdido: el sentido de la caballería, el respeto al enemigo, el sentimiento de la lealtad que es algo muy diferente de la fidelidad. Se puede ser fiel a un Jefe equivocado, se puede dar la vida por un Jefe que está en el error, pero la lealtad consiste precisamente en impedir que ese Jefe pueda cometer el error. El Ejército salió ganando por esta inyección, porque, cuando los civiles acudieron a él para ofrecerse en su servicio, reclamaron como contrapartida que tomara a su cargo lo que todo ejército debe ser esencialmente en la vida de una Nación, el gran educador de los valores morales del ciudadano. Porque nosotros, los profesores en la Universidad o en la Enseñanza Media, podemos inculcar a los hombres una instrucción, pero queda fuera de nuestro alcance el proporcionar a estos hombres el conjunto de virtudes que hacen del ciudadano un ente moral de razón.

El Ejército se aprestó a esta tarea sin la cual, probablemente

los resultados de la Guerra española hubieran sido de abrumadora pobreza. Fueron estas virtudes –y no os descubro nada, pues lo único que puedo hacer ante vosotros es recordar lo que constituía el eje fundamental de la existencia– aquellas mismas que en conversaciones con nuestros Capitanes, que fueron antes alféreces provisionales, estábamos aprendiendo los jóvenes universitarios que vestíamos con orgullo el uniforme militar allá por las breñas del Pirineo los años 45 y 46. Primero, el amor a la Patria, que está por encima de las diferencias de opinión en cuanto a los problemas concretos: amor a la Patria que la vé única en la herencia, rica en la pluralidad de sus regiones, fecunda en el futuro que está empezando a construir y ante el cual tiene que aportar también su sacrificio. Después el valor cívico, que es algo mucho más importante que el valor físico, porque miedo lo tenemos todos, pero los valientes lo resisten. La lealtad ejercida hacia los oficiales y hacia los compañeros. Esa lealtad que ahora brilla por su ausencia y que ordena salvar al compañero herido en el campo pase lo que pase. El respeto a la palabra dada, que es el sentido del honor, el sentimiento que mueve al hombre a sacrificar los bienes naturales antes que perder la dignidad profunda que lleva en el alma. Y finalmente, la conciencia de que la violencia no es otra cosa que el recurso extremo que no puede emplearse más que si se trata de conseguir una cesación de una violencia más fuerte todavía.

Pues bien, fuisteis y seguís siendo, queráis o no, los portadores de ese mensaje. Lo hicísteis posible y nadie debe tener en estos momentos la menor conciencia de fracaso, porque durante cuarenta años España pudo ascender con paso firme hacia las cumbres de su prosperidad económica, porque esa en sí es indiferente; estoy hablando de otra prosperidad, la que surge de la dignidad del ser humano.

Cuando he empezado a revisar toda la rica documentación que el Generalísimo Franco reunió, quizás con la esperanza de que un mediocre Historiador como yo, andando el tiempo, pudiera contar a los hombres la verdad, iba de sorpresa en sorpresa. En ningún momento hubo en él la menor vacilación respecto a la dignidad que debía a España y que en determinados momentos personificaba por la circunstancia de ser el Jefe del Estado. Cuando todo el mundo, dentro y fuera de España, hasta en los más altos niveles, se arrastraban cobardemente ante el supuesto vencedor, primero uno y luego otro, Franco, que era el primero de los alféreces provisionales, no lo olvidemos, mantenía el sentido de dignidad. No anduvo más de cien pasos desde su vagón para entrevistarse con

Hitler. Jamás fue a Washington a suplicar. Tres Presidentes norteamericanos vinieron a hablar con él, y andando el tiempo, el General De Gaulle vino a decirle un día al Pardo: «Vous étes encore le General Franco, quant á moi, je suis seulement le ex-General De Gaulle (Usted es todavía el General Franco y yo no soy otra cosa que el Ex-General De Gaulle).

Y todo esto, ¿por qué? Porque por encima de las diferencias de opinión que curiosamente él respetaba mucho más de lo que nadie se imagina –¿cuántos hombres le traicionaron sin que él hiciera nada para castigarles?–, él sabia que existía una obligación esencial, la misma que en su testamento trató de comunicar a los españoles.

Y ahí llegamos al punto final de esta intervención, que espero que no os haya cansado. Perdonadme unos minutos todavía. Es importante.

Vuestra misión, y la nuestra, no ha terminado. Mientras quede un aliento de vida, todos aquellos que participan de este conjunto de ideales, tienen una obligación. Hay que transmitir a las generaciones jóvenes el mensaje de ese conjunto de virtudes que constituyó en tiempos el eje fundamental para la reconstrucción de España. Sin valores morales, nada se puede conseguir. Sin valores morales, una Nación pierde hasta el derecho a prolongar su existencia. Y hay que decir por lo menos a estas generaciones tres cosas: somos conscientes de que España, como pueblo, y somos Nación, y gran Nación, como dijera D. Marcelino Menéndez y Pelayo, hemos recibido de Dios una misión que hay que cumplir. Las generaciones anteriores a nosotros han tratado de cumplirla. Cuando no lo han hecho, han empujado a este País al borde del desastre, pero en cuanto la fidelidad a la unidad de destino en lo universal se recupera, entonces el rumbo se endereza y tenemos motivos para estar orgullosos de ser españoles. Es una de las pocas cosas series que se puede ser en este mundo.

Creamos los españoles la verdadera conciencia de libertad. Declaramos que el hombre no es individuo sino persona portadora de valores eternos. Descubrimos el derecho de gentes. Fundamos cuatrocientos años antes de que a Montesquieu le ocurriera una cosa parecida, la separación entre los tres poderes. Dimos a América todo lo que erámos y lo que teníamos, con virtudes y defectos, pero jamás colonizamos, creamos pueblos. Recuerdo con gran emoción el discurso de un guineano, hoy muerto, Bonifacio Ondó, pronunció en las Naciones Unidas el 1967, cuando dijo ante el Comité de los Veinticuatro exactamente estas palabras: «Es que señores, España no es una potencia colonial; España es una madre

de pueblos».

Tenemos que decir también que todas estas acciones han generado un patrimonio. Que este patrimonio nació orgánicamente en todos los pequeños rincones, en las patrias locales, pero que no podemos quedarnos en el paisaje porque jerárquicamente, el patrimonio ha ido creciendo. Y no tenemos otra cosa. Y cuando llegue la hora en que Dios juzgue a las Naciones, y las juzgará, de ese patrimonio y de lo que hagamos con él tendremos que rendir cuentas. Pero somos conscientes también de que ese patrimonio, de que esa Patria, por el hecho de ser rica, no puede permanecer inmóvil, tiene una misión hacia el futuro, tiene que crecer, es verdad que las nuevas generaciones han de tomar el protagonismo de ese crecimiento, pero sois vosotros los que desde la magnanimidad que da el haber proporcionado al Pais casi medio siglo de dignificación, podéis hacer la advertencia a estas generaciones. Se trata de no destruir sino por el contrario, de crear, y esa es una tarea digna de hombres.

La misión de la Patria es esencial para el hombre. Del mismo modo que la familia es la institución a quien corresponde crear amor, la Patria es la institución que proporciona al hambre todo el orden de valores dentro del cual cómodamente puede moverse, los valores que hacen posible que el hombre se sienta en libertad. Hoy mucha gente se queja de que, hablándose tanto de libertad, no hay libertad. No puede haberla, porque la libertad es un don que Dios ha dado al hombre y que le permite trascenderse, salir fuera de sí. Pero tiene que salir fuera de sí en un acto de amor para crear, para dar a los demás, para entregarse. La libertad no puede ser independencia para que cada uno haga lo que le dé la gana. Y no se puede crear si no existen tres ejes fundamentales: la belleza, el orden jurídico y el amor. Cuando la belleza es sustituida por la desintegración de la forma y de la materia que conduce a la destrucción y deshumanización del hombre y en definitiva al suicidio, cuando el orden jurídico se altera y se convierte en la voluntad impuesta por una supuesta mayoría, y cuando el amor es sustituido por el odio, entonces faltan al hombre los tres asideros fundamentales para el desarrollo de su persona y por consiguiente este hombre acaba encontrándose absolutamente falto de libertad.

A esta situación hemos llegado, pero nadie se desanime sino al contrario. Las grandes ocasiones, las horas difíciles son precisamente aquellas que más reclaman de todos y cada uno de los hombres de honor que aporten lo que puedan. No hay ningún grano de arena lo suficientemente pequeño para que pueda considerarse insignificante. Son muchos los que hacen falta construir una playa, pero lo importante es que si la arena no falta, la playa se construirá.

HORA SANTA CELEBRADA EN LA BASILICA DE LA SANTA CRUZ DEL VALLE DE LOS CAIDOS, EL DIA 18 DE OCTUBRE DE 1986

«Homilía pronunciada por el P. Luis M.ª Mendizábal, S. J.»

Vamos a comenzar esta Hora Santa, que habéis querido celebrar en este templo tan lleno de recuerdos, que quiere condensar toda una idea, toda una historia.

Hace ya cincuenta años que valientemente combatisteis duras batallas en todo el territorio de nuestra Patria. Hoy, a los cincuenta años, habéis querido venir aquí para profesar vuestra fe en Cristo, en los valores superiores del espíritu, en los valores superiores del hombre. Y queremos comenzar por un acto de fe en la Eucaristía. Contemplamos iluminada esta imagen maravillosa de Cristo crucificado que en su gesto abraza a todos los hombres mirando hacia el cielo, mirando hacia el Padre, queriendo llevarnos a todos en su ofrenda de amor en la cruz, con su cuerpo ensangrentado. Sentimos que ese Cristo en la Hostia pequeña expuesta en el Altar, está vivo y palpitante, precisamente en su gesto de ofrenda y amor, expresado por la imagen grande del Cristo. Ese Cristo-Eucaristía en este momento recoge todas nuestras vidas y las presenta al Padre. Ese Jesús, Cruz y Eucaristía, es el centro de la vida del hombre y del mundo. Ese Jesús se entrega crucificado, da la vida por nosotros. Y nos enseña de esta manera el valor de la entrega de la vida que vosotros, en vuestros años jóvenes y luego a lo largo de vuestra existencia, habéis vivido con generosidad heróica.

Pero ese Cristo que entrega su vida y nos enseña a entregar la nuestra, con esa lección que habéis aprendido y vivido personalmente, es al mismo tiempo el reconciliador. Conocemos todos el significado profundo de este templo, «templo de reconciliación», templo de amor, templo de misericordia que brota del costado abierto de Jesucristo Crucificado glorioso, y que abraza a todos los que murieron en aquella contienda en la que tan valientemente combatisteis.

Ahora delante de la Eucaristía, la vida de cada uno es juzgada por Cristo. Jesucristo mira vuestra gesta de hace cincuenta años, gesta heróica, valiente. Combatisteis por Dios y por España. Es

verdad. Hoy tenemos que dar gracias a Dios porque puso en vuestros corazones la estima de esos valores supremos, la valentía, la generosidad de corazón. Entonces os arrodillásteis ante esta misma Eucarístia, entendisteis vuestra misión, respondísteis a vuestro deber y aprendiéndolo de Cristo, ofrecísteis muchas veces vuestra vida. Yo os oigo contar aquellos hechos de hace cincuenta años y habláis de vuestros compañeros que cayeron en la batalla y habláis de los grandes sufrimientos que tuvísteis que soportar y de los combates que tuvísteis que trabar. Os miro con admiración, con agradecimiento profundo y os digo de verdad ante el Señor en nombre de tantos españoles: ¡gracias por vuestro valor!, ¡gracias por vuestra generosidad!, que ha preservado la fe de nuestra Patria, que ha defendido sus valores eternos. Y lo hicísteis casi sin darle importancia ¡Admirable!

Todo esto es efecto de la fuerza, del amor que Dios puso en vuestros corazones. No es algo que haya que olvidar. Podéis estar orgullosos de lo que hicísteis entonces. No quiero yo justificar todo lo que pasó en aquella contienda. Lo que si os digo es que en aquellas circunstancias fue la respuesta a una situación que pedía esa respuesta; en una situación que nunca debió crearse, pero que una vez creada requería la respuesta valiente de un amor generoso que diese la vida. Y vosotros lo hicísteis. El Señor en la Eucaristia recoge esa vida vuestra ofrecida. El, que no olvida un vaso de agua que se dé en su nombre, ¿cómo va a olvidar vuestros trabajos, vuestra vida ofrecida, la sangre que derramásteis? No lo olvida nunca porque el Señor es agradecido. Jesús presente en esa Eucaristia comprende vuestra vida, comprende vuestras flaquezas, comprende vuestros fallos y vuestras caídas, pero comprende sobre todo vuestro amor y vuestra generosidad; y no la olvidará jamás.

Acercáos a El así, con este espíritu, acercaos con confianza, acercaos al que tiene un corazón agradecido. Y recordad en este momento, en esta Hora Santa y en este lugar a vuestro Caudillo, al Generalísimo a cuyas órdenes combatísteis, y a José Antonio, a tantos compañeros vuestros que ofrecieron sus vidas jóvenes, y a tantos de un bando y de otro que quiso el mismo Franco estuvieran aquí enterrados. Todos unidos en torno a la cruz redentora como signo de reconciliación y de amor. Es tan importante entender el sentido de lo que es una guerra que se emprende con generosos estímulos y motivos, pero que debe ser coronada por el amor y la reconciliación.

Esta quiero que sea vuestra actitud en esta Hora Santa: que nada olvidéis, que nunca sintáis vergüenza de aquellas gestas he-

róicas, que tengáis siempre en alto los valores que entonces defendisteis, pero que todo eso no desemboque nunca en el odio ni en el resentimiento. Como la operación que un hijo hace en el cuerpo de su madre, la realiza con valentía, con decisión, pero con infinito amor.

Y aquí es donde necesitamos fijar de nuevo vuestra mirada en la Eucaristía, en esa Eucaristía que nos da fuerzas, que nos da amor, en esa Eucaristía que nos da vida a través de la muerte, que nos enseña el misterio de la vida cristiana ofrecida generosamente y dominada toda ella por el amor. La Eucaristía os confortaba. Os daba valor para dar vuestra vida luchando. Era la fuerza de la Eucaristía. Estoy seguro de que cada uno de vosotros me podía contar tantos momentos de aquellas batallas que emprendísteis después de estar confortados con la Eucaristía. Esta misma Eucaristía que ahora está aquí presidiéndonos, ese mismo Crucifijo que os acompañaba llevado por vuestros Capellanes que junto a vosotros entregaban su vida por amor a Jesucristo, es la realidad de una vida cristificada. Entonces conprendíais, sin entenderlo del todo pero viviéndolo, cómo Cristo debe llenar toda la vida, cómo no se puede separar la vida de Cristo. No se puede decir que se trata de oír Misa el Domingo y de adorar la Eucaristía en un momento y luego vivir por nuestra cuenta todo lo demás porque la vida es la vida. ¡Noi La vida es de Cristo, la vida es la que debe ser cristiana, la vida es la que hay que vivir con honradez. Y por defender esa vida cristiana, esa vida real de cada día inspirada en Cristo y vivida con Cristo, no dudásteis en recurrir a esa solución última, a esa solución costosa de ofrecimiento de la propia vida en un combate generoso y leal.

Pensad todo esto delante del Señor. No puede separarse nada del servicio de Dios, no puede sustraerse nada al servicio de Dios, no puede establecerse el divorcio entre la vida y la fe, sino que la fe tiene que empapar la vida. Tenemos que vivir nuestra vida diaria iluminada por Cristo, impregnada con la fe del Evangelio. Este ideal es el que os movió entonces: que la vida de España fuera una vida según Cristo y según su Evangelio. Sé que esto es lo que os guió interiormente y en medio de las flaquezas que todos tenemos y podemos tener, lo teníais muy alto levantado, como dice la palabra misma: alférez, el que lleva delante la Bandera. Y así íbais vosotros, con valentía, con generosidad, sin temor a la muerte, llevando en alto la bandera de los valores supremos de Cristo y de la humanidad.

La Eucaristía es **confortante.** Ahora, al contemplarla así recordad un poco el papel que jugó en vuestra vida y en vuestras lu-

chas. La Eucaristía **os confortaba.** Qué vigor tenia aquella expresión del soldado que escribía a sus padres: «He comulgado esta mañana, estoy en gracia de Dios; vamos a entrar en combate». Y caía en la batalla muerto. Pero con ese gesto de fortaleza valiente: «He comulgado esta mañana y estoy en gracia de Dios». Cuántas veces lo habéis vivido vosotros mismos. Es la fuerza de la Eucaristía. Por eso vuestros Capellanes estaban siempre tan dispuestos a fortaleceros con los Sacramentos, y a poner en peligro sus propias vidas para que no os faltaran esos auxilios que tanto confortaban vuestro corazón. Y es necesario que ahora recurramos también a la Eucaristía para tener la fuerza de cumplir la misión que el Señor nos confía en este momento de nuestra vida.

Pero la Eucaristía no sólo os confortaba, la Eucaristía también os purificaba. Necesitamos tanto purificar continuamente el corazón. Porque el peligro de esa batalla que hay que reñir valientemente, está precisamente en que se enturbie la nobleza de los sentimientos y de los ideales con la suciedad del odio y de la violencia. Es curioso pero es muy verdadero, que en un sentido cristiano, las armas hay que usarlas legítimamente, sin odio, con lealtad, sin violencia. Parece una contradicción y no lo es. Hay una forma de luchar con violencia y hay una manera de luchar sin violencia; y el odio es el gran enemigo del soldado. La Eucaristía os purificaba ya entonces; y os purificaba porque la Eucaristía nos recuerda ese Cristo, lo hace presente en su inmolación y ese Cristo, como veis ahí en esa imagen, está mirando al cielo como en el momento en que clama: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen».

Contemplar a Cristo Crucificado que ofrece su vida, es escuchar en medio de las injurias de sus enemigos y de los tormentos atroces que le producen, la palabra de Jesús que domina el eco de todas aquellas injurias gritando: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen».

Hay un momento, riquísimo de significado sin duda para vosotros, hombres de fe, que es toda una lección. Me refiero al Cerro de los Angeles. Aquel monumento destruido, fusilado y volado, está ahí como recuerdo peremne. No precisamente para suscitar y reavivar de nuevo resentimientos y odios; está para enseñarnos una gran lección. Porque, el monumento nuevo, que quiere ser una reparación de amor, no tiene sentido sino a través del perdón y a través del amor. No podemos reparar los pecados de quien odiamos. Nunca se puede reparar así. Sólo reparamos los pecados de los que amamos. Esto supone que hay una vinculación de amor, costosa si queremos; pero, hemos tenido ejemplos tan hermosos

de ello. Podría hacer referencia seguramente a muchos de vosotros; permitidme que cite personalmente, quizás hiriendo su modestia, a la Vda. del General Atarés, que está aquí presente. Recuerdo sus palabras magníficas de perdón, que brotan de un corazón cristiano que ha meditado a los pies de la Cruz; que ha entendido la palabra de perdón de Jesús: «Perdónales porque no saben lo que hacen»; que ha comprendido que el corazón cristiano tiene que amar, debe amar, porque en el amor está la fuerza de la vida. El que odia se hace compañero de la muerte y nosotros estamos hechos para la vida y para dar la vida. «Padre, perdónales». Ese era el grito de Jesús en la Cruz y es el grito de Jesús que podíamos escuchar entre los disparos de aquellos hombres que le fusilaron. Sobre las voladuras estruendosas del monumento, resonaba, más potente que todo aquel estrépito destructor, la voz de Jesús que clamaba: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen». Es la enseñanza de la Cruz. Y representa todo un símbolo en aquel monumento del Cerro de los Angeles el rostro desfigurado de Cristo que ahora está presidiendo el monumento antiguo. Roto totalmente, casi como queriéndonos meter por los ojos lo que el profeta había anunciado: «Le vimos y su rostro no tenía aspecto humano». Está destrozado como Cristo en la Cruz, en el Calvario; desfigurado su rostro, destrozado su Cuerpo. Lo único que quedó entero en aquel momento fue su corazón, ni una bala lo tocó, no tiene ningún desperfecto. Parece que nos quiere indicar que en media de toda aquella destrucción, lo único que permanece y que da sentido a todo es su Corazón. El Corazón de Jesucristo que ama a esos hombres que le hieren y que entrega su vida por ellos, para que sean santificados, para que encuentren la paz, para que sean llevados a la felicidad, ésta es la gran lección del Cerro de los Angeles.

Quizás resultara imposible de realizar, pero me hubiese gustado que el corazón en el nuevo monumento fuese el del antiguo. El mismo corazón puesto en ese monumento nuevo para enseñarnos que el Corazón de Cristo no muere, es el mismo, ayer, hoy y siempre. Cristo siempre nos ama y ni un sólo momento ha considerado a los que le odiaban, a sus enemigos como enemigos. Siempre los ha amado como hijos, hijos pródigos, hijos alejados de la Casa del Padre, hijos cuya vuelta El anhelaba y por la cual ofrecía su propia vida. Esta es la gran lección de Cristo, la gran lección del monumento del Cerro de los Angeles y la lección que tenemos que aprender ante la Eucaristía en la tarde de hoy.

Delante de Jesús Eucaristía hemos de prometerle que no pensaremos con esquemas de vencedores y vencidos. Reflexionemos

en esto: las armas, en esos momentos en los cuales su uso es necesario, salen en defensa de la razón cuando la razón es oprimida. Esto es lo que debemos tener siempre muy claro. No es simplemente la fuerza de las armas la que tiene razón, sino que las armas han de ponerse al servicio de una razón, que es oprimida por la fuerza y que hay que defender. Es el momento extremo en el cual la fidelidad y el amor exigen la entrega de la propia. Pero, no es simplemente la fuerza de las armas la que decide todo; no se trata de vencedores y vencidos. Se ha librado la opresión de la razón, se ha vencido la imposición de la fuerza, pero no se ha sometido la dignidad del hombre y es necesario que veamos en el hombre al hermano, veamos en él al que ha sido redimido por Cristo y al que es nuestro hermano de verdad. Esto tenemos que pedirlo mucho al Señor porque a veces es costoso.

No podemos quedarnos en el pasado. Así como vosotros sabéis bien como tantas veces en aquellas duras batallas no se podía uno contentar con haber conquistado una cota, sino que era necesario seguir adelante, quizás con una táctica distinta pero prosiguiendo el avance; de la misma manera, en nuestra vida no podemos quedarnos en una cota donde ya hemos obtenido la victoria, tenemos que seguir venciendo y debemos seguir venciendo en y según las circunstancias reales de nuestra vida.

En esta tarde, ante Jesús Eucaristía tenemos que aceptar nuestra misión de hoy. Esto es tan importante... Que no miremos el presente con la mirada del pasado, que veamos el presente como una misión que el Señor nos confía hoy. Es necesario, en lugar de acunarse en el pasado irreal, en lugar de aplicar el pasado al presente, empeñarse ahora con corazón bueno, en dar la batalla que Cristo hoy quiere de nosotros. Por los mismos ideales por los que entonces luchásteis, los mismos. Esos mismos ideales requieren de nosotros hoy un empeño, que el Papa nos está marcando claramente y para el que tenemos que buscar fuerzas en esta Hora Santa, que no se va a reducir simplemente a una mirada hacia atrás, sino que debe ser en este momento de los cincuenta años, una mirada al presente y una mirada adelante. La gran empresa que el Señor ahora quiere de cada uno de nosotros es «construir con corazón bueno el gran edificio de la civilización del amor». Este es nuestro empeño.

El Papa insiste tanto en esta civilización del amor. El mundo está lleno de injusticias. Es verdad. A veces, es posible que hasta os sintáis provocados por ciertas posturas que parecen querer recordar hechos pasados, como queriendo suscitar en vosotros resentimientos, como queriendo incitaros. No se puede ceder a esa

provocación. Tenéis que ser fieles a los valores que habéis defendido, los valores de Dios, los valores de España. Ciertamente tenéis que mantener valientemente esos valores, pero tenéis que construir la civilización del amor.

La civilización del amor es una humanidad cuyo fundamento es el corazón humano transformado, lleno de caridad, el corazón humano lleno del Corazón de Cristo. Tantas veces habéis llevado sobre el corazón el «detente» en el cual estaba grabado el Corazón de Jesús. Pero eso no es sólo un signo externo, debe expresar también la voluntad interior de que ese Corazón Divino marque al corazón humano, guíe nuestro propio corazón, como El mismo nos enseña en el Evangelio: «Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón». A veces parece contradictorio con el arrojo y el vigor de un valiente militar el hablar de un corazón manso y humilde. Y sin embargo no lo es. Precisamente decíamos, que la corrupción de la valentía era el odio. La verdadera valentía es la valentía en el amor. El valiente es el que no se echa atrás, el que actúa por amor y no por venganza, el que actúa por amor y no por odio.

El gran mal del mundo de hoy es la falta de un corazón bueno. Los corazones de los hombres están corrompidos por el egoismo y de esos corazones egoístas brota la estructura humana y social injusta. El hombre de hoy pretende construir un mundo sin Dios, de espaldas a Dios. Cuando queremos insistir en que es necesario que toda nuestra vida esté informada por este amor y de esta presencia del Corazón del Señor, a veces oímos que se nos dice: «Eso para la Iglesia, la vida es la vida y en la vida tengo que combatir y luchar contra aquellas personas que yo no puedo soportar». Y quieren dejarse llevar de la violencia y del odio. ¡Qué equivocación tan grande!

Recordáis que hablamos de cómo en la guerra con razón se pretendía que la vida fuese cristiana. De no ser así, no tendría sentido aquella lucha generosa y heroica. ¿Por qué ahora vamos a repudiar aquella actitud y establecer un divorcio entre la vida real y la manera cristiana de vivir esa vida real?. Toda nuestra vida tiene que estar impregnada de Evangelio. Esta es la gran batalla que tenemos que dar; batalla bien difícil; la batalla de la civilización del amor cristiano. Es necesario que toda nuestra vida, en todos y cada uno de sus aspectos se rija por los criterios evangélicos. Es urgente que trabajemos y luchemos por ello con las armas de la convicción, de la razón, de la constancia, de la generosidad, del testimonio diario de nuestra propia vida, con las armas del amor. Y esto es difícil. Os aseguro una cosa: hace falta más valor para esta batalla que para la batalla del frente. Muchas veces uno com-

bate con arrojo, pero no es capaz de tener un corazón bueno con los mismos que conviven con él, a veces con los miembros de la propia familia, con la mujer, con los hijos, y esto es una contradicción. Es necesario que establezcamos la Civilización del Amor.

Es preciso que vosotros en este momento, después de tantos años de servicio, después de aquella gesta valiente, de tanto y tanto sufrimiento como habéis pasado, de tantas victorias como habéis obtenido, no veáis simplemente lo que pasó, lo que se hizo, sino que estéis persuadidos de que tenéis que ser –permitidme que lo exprese de esta manera– «los alféreces de la civilización del amor», los que llevéis delante la bandera limpia, leal, de la civilización del amor; los que llevéis delante el ejemplo de una vida íntegra, de un corazón valiente, pero que realmente esté radicado en el amor.

Y para esto necesitáis la fuerza de la Eucaristía. Por eso habéis hecho bien, superando las dificultades y obstáculos surgidos hasta última hora para llegar a este templo, de manteneros constantes en vuestra voluntad de postraros ante el Señor en la Eucaristía, de encontrarnos bajo la mirada de ese Cristo bendito, para aprender de El esta gran lección de generosidad y de la entrega de la vida por el amor. Contemplémoslo así: la Eucaristía unida a la Cruz, y nosotros ante ella para dejarnos juzgar por la Eucaristía y la Cruz, dejarnos iluminar por la Eucaristía y la Cruz, dejarnos purificar por la Eucaristía y la Cruz, y dejarnos arrebatar por la Eucaristía y la Cruz.

El Corazón de Cristo tiene que reinar en nuestra vida. Y ese Corazón no es algo melifluo, intimista, no, es el corazón ardiente del Señor que lanza llamas de amor y de fuego, de luz y de calor, que va delante de nosotros abriendo el camino hacia esa Civilización del amor. Y junto a El nosotros, atentos a El, pegados a El, siguiendo a ese Jefe que va delante. Queremos que en nuestro corazón irradie la riqueza de su amor y que cada uno de nosotros sea un verdadero alférez de esta batalla de la civilización del amor.

Que el Señor en la Eucaristía purifique nuestros corazones. No nos quite la valentía sino que nos la aumente. Pero que también ponga dentro de nosotros, en el centro de nuestro corazón, el amor. El amor que es bueno, que sabe perdonar, que sabe defender los valores supremos sin confundirlos con el odio o con la violencia, sino alcanzándolos por la fuerza del testimonio de ese amor. Es el reinado del Corazón de Cristo, eso que tantas veces hemos deseado, pedido, eso que tenemos que ir realizando lenta y confiadamente a través de nuestra entrega personal. Es una manera de dar la vida, una manera de imitar a ese Cristo que dio su

vida por nosotros y nos ha enseñado a dar la vida en amor para que se realice esa civilización del amor que ponga en el corazón de los hombres la paz y la reconciliación.

Pidamos esto a la Virgen, la Virgen que estaba al pie de la cruz y que fue la primera que vio a su Hijo muerto, que lo tuvo entre sus brazos, igual que tantas madres han tenido entre sus brazos el cadáver de sus hijos, el cadáver de sus esposos, y de Ella han aprendido el gesto generoso del perdón, han aprendido a ofrecer esas vidas queridas por los mismos que se las arrebataron. Tenemos que meter en este mundo de hoy unos principios, como a la fuerza, por la fuerza del amor. Esos principios que serán los que construyan de veras la civilización del amor que todos anhelamos y que sólo a través del camino del amor se podrá realizar.

MISA SOLEMNE DEL DIA 19 DE OCTUBRE EN LA BASILICA DE LA SANTA CRUZ DEL VALLE DE LOS CAIDOS

«Homilía pronunciada por el P. Hermenegildo Val, S. J., capellán legionario. Medalla militar individual»

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Amadísimos hermanos en Jesús y María. Nos hemos reunido aquí con alegría después de tantos años para orar delante del Señor. Creemos en Dios y debemos creer en Dios. Este es el contenido de la fe. En el creer trae el confiar, el fiarse, el amar y seguir lo que se cree y lo que se ama. Tenemos necesidad de que aumente nuestra fe y eso es lo que debemos intentar a lo largo de esta celebración.

Vamos a orar como quiere el Evangelio de hoy, importunando a Dios. Importunar a Dios, tal es el título que podíamos dar al Evangelio de hoy. El título no es nuestro, se le ha antojado a Jesucristo. A nosotros que no aguantamos rollos, nos parece inconcebible que el Señor no se harte de nuestros ruegos y súplicas. Todavía que meditemos sobre El, sus tributos, sus perfecciones, que nos dejemos llevar de la admiración y del entusiasmo al pensar en la gran corazonada de la Redención, nos parece aceptable porque en definitiva redunda en su alabanza y gloria. Pero que estemos de continuo machacando el mismo tema y que le endilguemos el mismo disco, lo juzgamos un exceso de confianza y un abuso de su bondad, y sin embargo es el mismo Maestro quien nos exhorta a ello mediante la parábola del Juez inicuo.

En el Antiguo Testamento leemos con frecuencia las palabras gritos, clamor, para expresar la oración. Desde luego están ambos vocablos muy en consonancia con las costumbres de Oriente, de proclamarlo todo a voz en grito. Dice el salmista: «Señor, llegue a ti mi clamor». Todos los autores ascéticos y los místicos nos repiten hasta la saciedad que la oración es un diálogo con nuestro Padre, una audiencia a la que somos invitados. Pero en el diálogo hablan los dos locutores y en la audiencia lleva siempre la iniciativa, por respeto y educación, el que nos admite a ella. Aquí no. La oración de petición es un monólogo constante e ininterrumpido hasta conseguir la demanda. Siguiendo a los tratadistas, dividiremos la ora-

ción en cuatro partes: latréutica, eucarística, impetratoria y expiatoria. Sólo a Dios tributamos el culto de latria, que significa adoración. Es el gesto más espontáneo de la criatura ante su Creador. Frente a El se siente anonadada. Es tanta la distancia que de El la separa que espontáneamente cae de rodillas para musitar palabras y oraciones. «De rodillas adórale, cristiano. Yo también me arrodillo reverente y hundo en el polvo ante mi Dios la frente». Así decía Gabriel y Galán.

Comencemos llamándole Padre a nuestro Dios, que es el título más hermoso y quiere El que así le llamemos. Pero al hablar con El, Dios, simple por excelencia, se complace en la sencillez. Pero este vocablo no es precisamente sinónimo de chabacanería y familiaridad concienzuda. Hablemos como un hijo habla a su padre, con naturalidad pero con respeto y dignidad. No hace falta que accedamos a esas fórmulas estereotipadas de eucologios que duermen el sueño de los justos. Llamémosle como he dicho, Padre nuestro.

Por lo que afecta a la segunda parte de la oración eucarística, recordemos estas palabras puestas en labios de San Pedro, según los Hechos, que son la mejor definición de Cristo: «Pasó haciendo el bien, sembrando a manos llenas». Jesús no podía ver una miseria, moral o corporal sin remediarla, una llaga sin cicatrizarla, una lágrima sin enjuagarla. El célebre predicador de la Corte de Luis XIV, Mosué, tiene un pasaje sumamente delicado en sus elevaciones sobre el Evangelio. Nos dice en este libro que, si al pasar por un poblado cualquiera de Palestina, nos hubiéramos encontrado con un leproso, tullido, ciego o sordomudo, de seguro que podríamos haber afirmado que Jesús no había pasado aún por aquel lugar. Su táctica consistía en llegar al alma a través del cuerpo. Es el ejemplo que sigue y ha seguido siempre su Esposa, la Iglesia, donde quiera planta su pie, sobre todo en países de misión. Por todas partes surgen hospitales, orfanatos, obras de asistencia social. Antes de llegar a los oídos, la palabra de Dios tiene que entrar por los ojos. El error moderno estriba en quedarse en el plano puramente natural, pretendiendo que la misión de la Iglesia se debe limitar al cuerpo, a la liberación de toda clase de opresión, respetando la conciencia sin turbarla con la predicación. Esta desviación doctrinal queda claramente refutada con la conducta tan opuesta que sigue Jesucristo. Busca ante todo y sobre todo la liberación de la opresión del pecado que es el alma lo que da la muerte al cuerpo.

Aquí nos presentamos nosotros ante Jesús como leprosos. Eso es lo que somos ante esa sociedad que se ha desviado de Jesu-

cristo. Ojalá que sigamos nosotros a Cristo con aquel entusiasmo con que le seguíamos hace cincuenta años. «Yo que con los hombres voy viendo a Jesús padecer, interrogándome estoy, ¿somos los hombres de hoy aquellos niños de ayer?» Así nos dice en la Pedrada, Gabriel y Galán. ¡Cómo rezábamos entonces! Por eso triunfábamos de todo. Rezábamos en El Alcazar. Sin sacerdote ministerial, en medio de tanto peligro, combatidos por todos los sitios, sin ayuda visible ni en perspectiva cercana. Un Comandante, un Capitán y un paisano hacían de Capellanes. El Comandante Martinez Simancas, el Capitán Sanz de Diego y D. Andrés Marín. Qué bien cumplían su misión supliendo al Sacerdote. Orando rezábamos en El Alcázar. Fue el folleto que después tuve la dicha, y que conservo, de recibir dedicado por D. Andrés Marín. Cuando hay fe hay oración confiada nos lleva al triunfo. Caerán las piedras, los edificios, pero la voluntad no cae, y ante esa voluntad tan firme sostenida por la oración, todo lo que hay alrededor se derrumba. Mentirán una y otra vez diciendo que El Alcázar se ha rendido, pero El Alcázar no se rindió.

No es de almas débiles la oración. Al contrario. En el contacto con Dios y las cosas divinas, adquiere el alma su mejor temple. El principal resorte del valor está en la limpieza de conciencia y en la seguridad del divino socorro. Es que el enemigo huye porque le falta el divino resorte del valor que es la plegaria. La Divina Providencia se inclina del lado de quien pide con fe humilde. Es mal soldado quien no cree en Dios. ¡Por eso triunfamos, porque rezábamos en El Alcázar! Teníamos el Monumento del Jueves Santo en la Ciudad Universitaria y toda la guarnición voluntariamente, comenzando por la Legión, rezando el Rosario día y noche. Rezábamos en la Cuesta de la Reina consagrándonos a la Virgen un 21 de mayo, cantando toda una Bandera de la Legión el «Venid y vamos todos! con más entusiasmo que las Hijas de María de cualquier ciudad. ¡Qué poesías, qué composiciones llenas de fe y de amor a la Virgen que fue el Templo de Jesús!

Eso es lo que tenemos que ser nosotros, templos de Dios como era la Virgen y que nos dejemos formar por ella, para orar como es debido recogiendo a Dios, importunándole y que no pueda decir de nosotros ahora que siendo agradecidos en otros momentos, dándole gracias siempre después de haber recibido algún beneficio, ahora nos olvidemos de dar Gracias a Dios.

Por eso le cuesta al Señor y dice en el Evangelio de hoy: «¿no eran diez los curados? Sólo uno viene a darme gracias y ese extranjero». Nosotros no somos extranjeros ante Dios, somos los mimados por Dios. Fijaos que podíamos decir mirando al Pilar que es

el sostén de nuestra fe, podíamos decir lo que dijo Santa Isabel al ser visitada por su prima la Virgen María: «¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a visitarme?». Esto es lo que podemos decir los españoles ahora y siempre: de dónde a nosotros que la Virgen haya venido a visitarnos. La Virgen para ayudar al apóstol Santiago, que Dios nos lo envió para sembrar nuestra fe y que duros como la roca entonces nos resistíamos a creer. Pero vino la Virgen y lo arregló todo.

Que seamos templos de oración. Que en nuestro corazón amemos a la Virgen y tendremos la seguridad y la confianza de ser escuchados. Seamos tan sensibles como es el Señor. No véis lo que dice el Señor, cómo se queja por la falta de agradecimiento. El Señor se nos manifestó en su vida muy sensible. ¡Cómo se conmovía en las fibras más delicadas de su corazón! Se estremece ante el aspecto repugnante de uno de los que vienen a suplicarle le limpie de la lacra de la lepra. «Señor, si quieres puedes curarme». Cómo contesta el Señor: «Quiero, sé limpio». Y no vaciló en acercar sus dedos a las purulentas llagas del desgraciado. Cristo es el varón perfecto, no lo sería si fallara, al dar en el cuadro de sus atributos y cualidades una de las más humanas, la sensibilidad. Este don de Dios es una antena enhiesta que nos pone en contacto con el mundo que nos rodea para captar lo hermoso, lo bueno, lo puro, lo santo, para no pasar indiferentes ante el dolor y la desgracia, para no dejar que el egoísmo envilezca nuestro corazón, pero por añadidura la entera es sumamente sensible a las atenciones y delicadezas. Imitemos al Señor. Hay en nuestra vida de relación social algo que no toleramos, más aun, que nos subleva porque hiere la médula de nuestra sensibilidad, la ingratitud. Pasamos por todo menos por la desconsideración. Nos hiere menos un insulto que una falta de atención. Dejemos a un lado los ensimismamientos para penetrar en el Corazón de Cristo, el más perfecto que latió en la tierra. Es tan noble, tan delicado que resbala silenciosamente sobre los pecadores. Aquí deja hablar a su Corazón afligido. Sólo uno de los diez se ha acordado de su insigne bienhechor y desanda el camino para postrarse a sus pies, agradecido. «No han quedado limpios los diez, los otros nueve, ¿dónde están? No ha vuelto más que un extranjero para dar gloria a Dios».

En otra ocasión se quejará amargamente de la grosería de Simón, el fariseo, que le ha invitado a su mesa y le ha negado las atenciones de ritual en todo banquete. Por el contrario, ensalzará el gesto de generosidad de la pobre pecadora. La ingratitud es nuestro gran pecado. Creemos en Dios, Creador, conservador, benéfica Providencia, Redentor. Vivimos de su generosidad. Cuántas

veces al cabo del día, de la semana, o del mes, nos acordamos de volver los ojos hacia El para decirle con un corazón agradecido, gracias. Es la palabra que aflora a nuestros labios de continuo con nuestros semejantes ante un gesto de benevolencia, un favor, una sonrisa de afecto. Sólo Dios queda excluido de la lista de nuestros bienhechores. Al parecer el hombre nada debe a Dios porque no le agradece nada. Muchos, muchísimos no se acuerdan de su nombre más que para mancharlo con la blasfemia asquerosa y maloliente. Una de las finalidades de la oración es dar gracias a Dios por todos los beneficios de que somos objeto. En el fondo, quien no ora es porque no está convencido, pero no tiene con Dios ninguna deuda pendiente. Error craso, olvido sistemático. No seamos nosotros así. Se ha dicho con acierto que el agradecimiento es la aristocracia del espíritu.

Viviendo la parte expiatoria de la oración, pensemos que todos más o menos hemos tenido la oportunidad, digamos mejor la gracia, de hablar con un santo. Prescindimos del juicio que de esa persona se forjará la Iglesia después de su muerte. Me refiero a la santidad palpable, no a la canonizada oficialmente. ¿No es cierto que en medio de la reverancia que hacia él sentimos experimentamos ciertas molestias en el trato por considerarnos tan distantes de él y tan separados por el pecado? No existe término de comparación cuando hablamos con Dios. La actitud más digna es la del publicano del Evangelio: «Señor, seme propicio porque soy un hombre pecador». No podemos olvidar lo que somos, pecadores. Cierto que el Señor ha rasgado el recibo de nuestra deuda, pero nuestra conjunción debemos exclamar con David: «mi pecado está siempre frente a mí». No porque dudemos de la misericordia de nuestro Padre sino por haber abusado tantas veces de ella. No hay nada que descargue más nuestra conciencia, que aligere nuestro corazón, que el reconocimiento leal de nuestra conducta para con Dios. La humildad de los santos, al reconocerse grandes, no era ni una humildad de garabato, ni una exageración, sino una realidad. Reconocían sinceramente el cúmulo de gracias recibidas del Padre y su escasa correspondencia. No olvidemos que la oración es una glorificación del Padre a través del Hijo y en unión con el Espíritu Santo.

Estamos en el Valle de los Caídos, en esta santa Basílica, construida después del triunfo de la fe sobre el ateísmo, del triunfo de la verdadera España sobre aquella que pretendía que dejase de serlo para ser rusa, España rusa, Rusia dominando España. Tiempos, años, que hemos disfrutado de paz y que se ha empleado para dar gracias a Dios y tener este testimonio vivo donde nos podamos reunir todos los españoles a orar. Descansar aquí, orar jun-

to al Señor, junto a esta Cruz cortada con tanto cariño por el Caudillo, en la cual descansa el Señor con agradecimiento mirándonos a todos. Pero hagamos lo que el Caudillo, que él recogió del Señor todas las cruces que le fue dando durante su vida para aceptarlas sin defenderse jamás, sin tener una palabra dura para la Iglesia, de la que se sentía hijo y a la que amó verdaderamente y sirvió hasta el último momento de su vida, como sirvió también a España. Esa Iglesia a la que amó y a la que nunca quiso hacer sufrir. «Que no padezca la Iglesia», decía en un Consejo de Ministros para silenciar defectos de la Iglesia. Hoy nos ponemos en esta Basílica recordando a nuestros mártires, aquellos Obispos, que ninguno claudicó ni se alejó de su rebaño sino que dio la cara alertándoles en el peligro, defendiendo la fe y defendiendo su rebaño sin querer huir aunque les abrían la puerta para que se marchasen. Detrás de ellos miles y miles de sacerdotes y religiosos y muchos más miles de cristianos seguidores de Cristo. ¡Qué ejemplo el de aquella España! Ni una claudicación. Una alegría en el morir. Cuántos testimonios podía citar. Tenían el ejemplo de aquel Cerro de los Angeles donde reinaba Cristo, el centro geográfico de España, para decir: reino en España, con la Virgen presentándonos a todos, levantando nuestro escudo y levantándonos a todos, rodeada de la santidad glorificada y de los que van camino de la santidad. Cayó el mayor enemigo, pero por eso le llamaron los Obispos en la Pastoral colectiva, «sacrilegio sintético». Cayó el Corazón de Jesús, «el que tiene un pedestal en el corazón de cada buen español», decía el Cardenal Gomá. Preparación satánica a la legalidad que motivó tantas victimas después. Los sin Dios y contra Dios querían eliminarlo del Cerro, sacrificando a los Obispos, sacerdotes y casas de Dios. Todo nos lo refiere en el caso de España. No olvidemos los hechos, pero sí olvidemos los reos. Eso es lo que recomendaba el Cardenal Plá y Daniel en una Carta Pastoral. «Más los nombres de nuestros gloriosos mártires no pueden ser olvidados sino enaltecidos». No les han cerrado la puerta en el cielo a ninguno de ellos. Glorificados por Dios y por la Iglesia, aunque no están canonizados todavía pero la Iglesia los reconoció como mártires y así los declararon Pío XI y Pío XII.

Que les sigamos a ellos, que nos demos de verdad a Dios y pidamos a Dios nuestro Señor, poniendo como intercesores a tantos mártires de la Cruzada. Pidamos por los que son mártires ahora. Nos lo recomienda el Papa y nos dice que la Iglesia debe pedir y trabajar para que salgan de las cárceles los que están ahí por motivos políticos. Ya sabéis a quienes me refiero de una manera especial. Cantábamos siendo jóvenes en el frente: «Tengo un hermano en el Tercio y otro tengo en Regulares y el hermano más pe-

queño preso en Alcalá de Henares». Presos padeciendo por la justicia, por proceder en su vida con esa dignidad de cristianos y esa nobleza de españoles, sobre todo cuando son cristianos. No se han manchado las manos con sangre. Un Capitán General estuvo en dos Capitanías de España, «Alferecillo en mi Bandera al principio», decía al tomar posesión de la primera: «A nosotros nos enseñaron a morir y no a matar y seguimos enseñando a morir y no a matar». Cuando yo hablo con todos esos militares de aquellos tiempos y de los actuales que les han seguido y pregunto por sus familias: Padre, tengo doce hijos, catorce hijos. ¡Qué bendición, ese hogar! Ni han cerrado las fuentes de la vida, ni han matado a nadie, dan la vida por todos y siguen orando y son tan felices buscando otra manera de vivir porque les cortaron la fuente material de la vida, destituyéndolos y degradándolos. El Señor que les mima con sus bendiciones y aún aumentando su fe porque oran y sufren ofreciendo todo a Dios, les hace vivir felices y contentos. Ellos piensan en nosotros y están unidos en nuestra oración. Que no les olvidemos en nuestras oraciones y que les imitemos en nuestro ejemplo y les consolemos y les confortemos. Acudamos a Dios que es el Padre de todos rezando hoy el Padre Nuestro con esa humildad y esa confianza que nos da el sabernos amados por Dios. Acudamos a la Virgen sobre todo con el título de la Virgen del Pilar, que nos ha de sostener a todos y nos ha de dar días mejores, que lo serán más próximos si nosotros y todos los españoles viven esa fe fomentándola con la oración y aceptando la cruz de cada día. Entonces la Virgen nos cubrirá con su manto y el triunfo será real, no transitorio sino real. Que confiemos en el Señor y nosotros, que ya tenemos la vida casi consumada, alentemos a los demás y nos dejemos de pequeñeces y de vanidades. Que vayamos a lo sustancial, a servir a Dios con todo entusiasmo como entonces.

Termino con lo que casi empecé. Yo que con los hombres voy, viendo a Jesús padecer, interrogándome estoy, ¿somos los hombres de hoy aquellos niños de ayer? Por qué no decir con el Caudillo, «en el nombre de Cristo me honro y ha sido mi voluntad constante ser hijo fiel de la Iglesia en cuyo seno voy a morir. Pido perdón a todos, como de todo corazón perdono a cuantos se declararon mis enemigos sin que yo los tuviera como tales. Creo y deseo no haber tenido otros que aquéllos que lo fueron de España a la que amo hasta el último momento y a la que prometí servir hasta el último aliento de mi vida, que ya se aproxima. Quisiera, en mi último momento, unir los nombres de Dios y de España y abrazarnos a todos para gritar juntos, por última vez, en los umbrales de mi muerte: ¡Arriba España! ¡Viva España!.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

ARENGA

Pronunciada por el presidente de la Hermandad Nacional de Alfereces Provisionales, Antonio M.ª de Oriol y Urquijo, antes de la renovación de la jura de bandera. Valle de los Caídos, 19 de octubre de 1986

¡Firmes!... ¡Arriba los corazones!... ¡Compañeros!, vamos a tener la satisfacción y el honor de renovar nuestro juramente de servir a la Patria simbolizada en esta Bandera, como lo hicimos hace ya cincuenta años. Esta Bandera es el símbolo permanente de nuestra Patria. En ella están reunidas las generaciones pasadas, las presentes y las futuras.

Esta bandera la vimos tantas veces cubrir el cuerpo de compañeros nuestros que cayeron con gloria para defender a España y salvarla, sin egoismos y con lealtad, como también ha cubierto el cuerpo de quienes, víctimas del odio y del terrorismo, han caído en el cumplimiento de su deber. A todos ellos les rendimos nuestro sentido homenaje de admiración y gratitud por su ejemplo y su sacrificio.

Vamos a besar esta Bandera. Este beso será la expresión de nuestro juramento. Lo haremos con la más viva emoción para comunicar con él a nuestra Patria los sentimientos más profundos y permanentes que inundan nuestro corazón y el de aquellos familiares que hoy nos quieren acompañar, participando en ese mismo sentimiento de amor y lealtad a España, sentimientos que rebasan lo temporal para elevarse hacia el Creador, nuestro Padre Dios, a quien siempre rendimos y ofrecemos todo cuanto somos y tenemos, porque así es como se hizo grande en la historia a nuestra Patria.

Hoy puede parecer difícil este servicio, pero no olvidemos que las coyunturas pasan y los principios permanecen y que la adversidad sirve para fortalecer la esperanza. Afirmémonos en esos principios fundamentales, en la seguridad de que en ello se habrá de apoyar el engrandecimiento de nuestra Patria. Cuanto más oscura es la noche, mejor se ven las estrellas, y así, esta estrella que es nuestro emblema, nos sirva para levantar la vista hacia ella y

con seguridad, confianza y valor, en la medida que esto sea preciso, nos mantendremos siempre fieles al servicio de esos grandes ideales que resumen dos palabras; Dios y España. ¡Aquí estamos siempre dispuestos a entregar la vida a su servicio, con generosidad, sin egoismos, fieles a nuestra renovada misión de ser Alféreces de la Civilización del Amor!

¡Que Santa María, Reina y Madre nuestra nos ayude! Gritad conmigo: ¡Por Cristo, por la Virgen, por España, más y más y más!

19 de octubre de 1986



ESPAÑOLES:

Al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio, pido a Dios que me acoja benigno a su presencia, pues quise vivir y morir como católico. En el nombre de Cristo me honro y ha sido mi voluntad constante ser hijo fiel de la Iglesia y en su seno voy a morir. Pido perdón a todos como de todo corazón perdono a cuantos se declararon mis enemigos, sin que yo los tuviera como tales. Creo y deseo no haber tenido otros que aquéllos que lo fueron de España, a la que amo hasta el último momento y a la que prometí servir hasta el último aliento de mi vida, que ya sé próximo. Quiero agradecer a cuantos han colaborado con entusiasmo, entrega y abnegación en la gran empresa de hacer una España unida, grande y libre. Por el amor que siento por nuestra Patria os pido que perseveréis en la unidad y en la paz y que rodeéis al futuro Rey de España, don Juan Carlos de Borbón, del mismo afecto y lealtad que a mí me habéis brindado y que le prestéis en todo momento el mismo apoyo de colaboración que de vosotros he tenido.

No olvidéis que los enemigos de España y de la civilización cristiana están alerta. Velad también vosotros y para ello deponed, frente a los sumpremos intereses de la Patria, del pueblo español, toda mira personal.

No cejéis en alcanzar la justicia social y la cultura para todos los hombres de España y haced de ello vuestro primordial objetivo. Mantened la unidad de las Tierras de España, exaltando la rica multiplicidad de sus regiones, como fuente de la fortaleza de la unidad de la Patria. Quisiera, en mi último momento, unir los hombres de Dios y de España y abrazaros a todos para gritar juntos, por última vez, en los umbrales de mi muerte: ¡Arriba España! ¡Viva España!

